

CUENTO

EL PRECEPTOR BIZCO

por González Vera.

En la escuela fue donde conocí por primera vez el aspecto brutal de la vida.

La escuela parroquial en donde fui matriculado, funcionaba en una feísima y vieja casa, compuesta de grandes salas yertas. El patio, aunque era extenso, por estar encerrado entre altos muros, era más frío y extraño que las salas. Además, estaba como aplastado por la sombra de la iglesia contigua. La fisonomía de este patio estará siempre fijo en mi memoria.

De entonces sólo reservo recuerdos de imágenes. Tal vez nos enseñaban alguna cosa.... Era el profesor un sujeto rubio, bizco, de pequeña estatura, gélido completamente. Pisaba con la punta de sus pies y gritaba sin cesar. No sonreía ni por broma. ¡Qué excelente carcelero hubiera sido!

Apenas la campana sonaba, el torturador aparecía en el patio frotándose las manos. Nos formábamos apresuradamente y nos íbamos a la sala temblando por lo que podía suceder.

Le odiábamos con entusiasmo y ejercitábamos nuestros espíritus en desecharle las más abominables desgracias; pero el bárbaro estaba siempre en pie, sonrosado, elástico, con una salud desafiante.

Reinaba en la sala un silencio lúgubre..... Nos mirábamos con mirada piadosa y después, extáticos y con el corazón convulso, esperábamos el temido minuto.

El bizco se alisaba su cabellera roja y miraba con detenimiento.

Luego comenzaba a tomar la lección con la cabeza inclinada sobre un cuaderno de notas. Solía toser algo; pero nunca tanto como para que se le comprometiesen los pulmones.

Desventurado era el chiquillo que no había resuelto su tarea. El bizco, sin poner mala cara, pero sin oír tampoco ninguna disculpa, le ordenaba colocarse frente al pizarrón.

La víctima desde ese instante empezaba a modular todos los tonos del sollozo. Y nosotros nos sentíamos amargados por la más intolerable de las angustias.

Nuestro torturador abría su escritorio y buscaba. Revolvía los papeles con el abandono del que se encuentra solo; pero cuando hallaba el guante en su rostro se proyectaba una sombra de agrado.

El penitente, mientras duraba la búsqueda, gemía con cierto método. Cuando el tono decrecía y parecía extinguirse, era seguro que en su alma crecía la esperanza de salvarse.

Desde nuestros bancos podíamos seguir con precisión absoluta los movimientos del profesor. Nuestra unidad psicológica era maravillosa. Si sus ademanes eran medidos, el gemido oscilaba en la nota menor y el ritmo de nuestros corazones se normalizaba. Pero, si la mano se estiraba con vehemencia hasta el fondo del cajón, el gemido dilataba el pecho del colegial y ganaba espacio sin respeto a ninguna nota intermedia y nosotros dejábamos de respirar.

Para el bizco era motivo de bochorno, después del precipitado adelantamiento de sus dedos, no dar con el instrumento. Es cierto que terminaba por imponerse; pero el titubeo le contrariaba.

No sé si por distracción o espíritu de farsa exclamaba en voz alta:

—En fin..... El guante ha desaparecido.

Y quedaba pensativo.

El alumno imploraba a su vez:

Señor..... Perdóneme..... Le juro que.....

Regresaba el bizco de su abstracción dándose con la punta de los dedos en la frente:

POETAS DE AMÉRICA

La Última Visión

A la memoria de RUBEN DARIO

Por sus ojos, cansados de recoger el brillo nocturnal de las urbes, pasó un último afán: ver el paisaje, a un tiempo misterioso y sencillito, de sus nativas tierras—bosque, lago y volcán. ¡Qué golpe de recuerdos no le acudiría el alma en un espasmo de intensa poesía, al ver ya moribundo cuanto al redor había visto con los ingenios ojos de la niñez! Remembranzas nerviosas turbaron su agonía con el afán inútil de cantar todavía y empezar, entre sueños, a vivir otra vez. . . .

¡Quién no hubiera querido cerrar sus ojos sabios y penetrar la clave de su última visión! tal vez cogió la lira; no pudo abrir los labios, pero dejó en las cuerdas temblando una emoción. . . . Una emoción de verso tiembla en la despedida que se le da al paisaje primero de la vida, donde un día rompiera la primera canción: verso que el bardo agónico aprisionó en la almohada, escuchando el latido, con la sien apretada, que al través de las venas le enviaba el corazón. . . .

El bosque dió a su verso músicas y colores: aleteos de brisas, coqueteos de flores. Hay en su verso, a veces, inquietantes rumores: ráfagas que huyen, . . . hojas que danzan; . . . interiores ritmos que se insinúan apenas. . . . y tal cual son enérgico, cálido, imponente y marcial, en que sobre los siglos, se escucha entre fragores metálicos, el ronco tamboril del chontal. . . . El bosque dió a su verso lo que nadie le ha dado: el misterio, el ambiente ritual y ensimismado, el hermetismo gravemente sacerdotal.

El lago dió a su verso transparencia y anchura. . . . Las imágenes limpias nadan a la ventura en su verso, cual francas desnudeces, que en vago giro, flotan y sùmense en un agua tan pura que se les sigue viendo sobre el fondo del lago. . . . En el azul a veces zigzaguea la albuza espiritual y pura de una garza real; otras veces, la muerte se prepara del día. . . . El lago dió a su verso gracia y melancolía; y él hizo de un carrizo su hechizo musical.

El volcán dió a su verso cierta altivez huraña. . . . Cuando ofició en vidente colocó él su misal sobre el altar abrupto de la vieja montaña, que cual piedra preciosa de brillantez extraña, Hugo encerró en el cofre de un poema inmortal. Momotombo sagrado, Momotombo tremendo: tu Poeta ha escuchado dentro de ti el estruendo de una trompetería para un Juicio Final. . . .

¡Rubén, Rubén: azufre diabólico y nublado patético complícanse en tu última visión! Para tu sien su fiebre te dió el volcán sagrado y su altivez huraña para tu corazón.

El bosque grave, el lago suave, el volcán fuerte para siempre hoy dormidos en tus ojos están. . . . Viste juntas las caras del Amor y la Muerte; me lo han dicho tu bosque, tu lago y tu volcán.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

La Lectura

En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien. Nunca deben leerse los libros que extravíen el entendimiento o corrompan el corazón. Las lecturas inmorales no conducen a la ciencia; por el contrario, son una fuente de frivola superficialidad. Conviene leer los autores cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado: así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. Estos escritores eminentes enseñan, no sólo por lo que dicen sino por lo que hacen pensar. El espíritu se nutre con la doctrina que le comunican, y se despierta y desarrolla por las reflexiones que le inspiran. Entre dos hombres, uno mediano, otro eminente, ¿quién preferiría consultar al mediano?

Se ha de leer mucho, pero no muchos libros: esta es una regla excelente. La lectura es como el alimento: el provecho no está en relación de lo que se come, sino de lo que se digiere. La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva: conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee: así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo.

Suele decirse que es más útil leer con la pluma en la mano, apuntando lo más importante que ocurre; esta regla es en efecto, muy provechosa; mas para guardarse de algunos inconvenientes, será bueno recordar lo que sigue: 1º, se corre peligro de escribir muchas cosas inútiles y de gastar, haciendo extractos, un tiempo que se emplearía mejor en repetir la lectura; 2º, encomendándolo todo al papel, se cultiva menos la memoria: el mejor libro de apuntes es la cabeza; ésta no se traspapela ni embaraza; 3º, cuando se trata de nombres propios y de fechas conviene no fiarse de la memoria.

El inmoderado deseo de la universalidad es una fuente de ignorancia. Queriendo saberlo todo se llega a no saber nada. Son pocos los hombres que han nacido con talento bastante para abarcar todas las ciencias. Así es muy importante el poseer a fondo una de ellas; y luego no hacer incursiones en el campo de las otras, sino con la debida consideración de las propias fuerzas, del tiempo de que se dispone y de la profesión que se ha de ejercer. ¿De qué le sirve a un militar el ser botánico si ignora el arte de la guerra? ¿De qué a un abogado el ser un buen geómetra, si olvida la jurisprudencia?

Jaime Balmes.

Francisco Ambrosio Morales

Experto en la colocación de artículos sanitarios

Ofrece a Ud. la experiencia adquirida en su larga práctica en la colocación de estos utensilios.

2ª Av. Sureste, N° 223.

—¡Ah..... pero si ayer lo guardé en el otro cajón!

Mientras iba por el guante, el discípulo chillaba, cerraba los ojos, se retorció. Daba gritos inverosímiles. Ocultaba sus manos en la espalda, se hincaba, pedía perdón, se entregaba a todas las manifestaciones de la impotencia. Por desgracia inútilmente. El bizco inmutable y frío, le ordenaba presentar la mano abierta.

El guante se alzaba y golpeaba..... Los gritos vibraban en los vidrios, repercutían en los muros del patio y se iban muriendo por las calles desiertas.

OBREROS: LA FABRICA DE CAMISAS

con sus productos a sustituido a los extranjeros. La camisa de esta marca es la mejor que se expende en el país. Usen sólo los productos de esta fábrica para que satisfagan su gusto y tengan trabajo nuestras muchachas.

